



FIN DE LA POLITICA Y ASCENSO DE LA DERECHA RADICAL

Chantal MOUFFE

Los partidos de extrema derecha han hecho grandes progresos en numerosos países europeos. Las elecciones celebradas en Francia, Bélgica, Austria e Italia este último año han demostrado que la extrema derecha se ha consolidado y cada vez atrae a más votantes. Si a esto sumamos el creciente descrédito en que los recurrentes casos de corrupción han hundido a la clase política tradicional, no es un panorama muy brillante el que se pinta para la democracia.

Con todo y con eso, muchas personas restan importancia a estos síntomas y, dando por sentada la estabilidad de las instituciones democráticas, se burlan de los «alarmistas» que comparan las circunstancias presentes con las de los años treinta. En su opinión, no hay por qué preo-

cuparse. La globalización de la economía y la revolución de las comunicaciones han establecido, según dicen, las condiciones para la universalización del modelo democrático liberal de Occidente. Y estamos en el umbral de nuevos y notables avances, tanto tecnológicos como políticos; el triunfo de la

***El deslavazado consenso en torno
al centro ha creado un vacío político
que ha fortalecido a la extrema
derecha.***

democracia en el siglo que viene está garantizado. Será, incluso, un tipo de democracia perfeccionado, en la que domine el «diálogo» en lugar de la confrontación.

Desde esta perspectiva, se estima que el ciclo de la política de confrontación, dominante en Occidente desde la Revolución Francesa, toca a su fin. La distinción entre la izquierda y la derecha ya no tiene razón de ser, por cuanto estaba anclada en una bipolaridad social que ha desaparecido. Hoy en día, la mayoría de la población de las sociedades industriales avanzadas se encuadra en las clases medias, excepción hecha de la reducida élite de los muy ricos y, en el otro extremo, de quienes quedan «excluidos». Esta nueva estructura social ha posibilitado la creación de un amplio consenso y ha establecido las condiciones para una «democracia deliberativa», donde los diversos grupos, antes que enfrentarse para imponer sus intereses, participarán en un debate público, libre y sin restricciones sobre los asuntos de interés común.

¿El fin de la política?

La perspectiva hasta aquí expuesta cuenta con un buen exponente en Martin Jacques, exeditor de *Marxism Today*, cofundador de *Demos*, el nuevo carro de combate del pensamiento británico, y autor que celebra el «fin de la política». La política, afirmaba Jacques en un artículo programático publicado en el *Sunday Times* (18 de julio de 1993), ha perdido su dimensión co-

lectiva y su carácter polarizado. En la actualidad se desarrolla en el seno de una miríada de grupos de la sociedad civil y se centra en múltiples asuntos relacionados con el individuo. Los partidos y los políticos tradicionales no han logrado adaptarse a la evolución de la sociedad y, en consecuencia, han perdido su influencia en la identidad y los intereses personales. La sociedad ha prescindido de la jerarquía, la certidumbre y la homogeneidad para convertirse en una «sociedad de hipermercado», pero los actores políticos tradicionales no han seguido su ejemplo. Privada de su base organizativa por el declinar de la clase obrera, es principalmente la izquierda política la que ha perdido su fundamento. En tanto que la izquierda demostraba su incapacidad de adaptación, toda la dinámica del sistema político se desequilibraba. El Estado ha visto enormemente recortada su participación, mientras el poder y la importancia de todos los partidos políticos sufría un descalabro, cuya consecuencia es su creciente incapacidad para hacer frente a los problemas reales de la sociedad. De ahí el descontento de la opinión pública y su desconfianza en los políticos.

A pesar de todo, Jacques nos alienta a no analizar esta transformación en términos negativos. A su juicio, el sistema político habría de adaptarse a la nueva «sociedad de comparar y escoger» y retirarse a un segundo plano. En numerosos círculos franceses encontramos una visión similar de la era «pospolítica», a veces influida por la tendencia filosófica que elogia el «individualismo posmoderno». Los «nuevos individualistas democráticos», como Gilles Lipovetsky, ven en el retroceso de los intereses públicos y en la prioridad concedida a los objetivos privados un efecto positivo de la moral pluralista. La disolución de la línea divisoria entre la izquierda y la derecha es un paso hacia una sociedad más madura, un síntoma de la consolidación del proceso democrático que, lejos de merecer

que se le oponga resistencia, debe celebrarse. Una vez más, el otorgamiento del poder a la miríada de grupos de organización autónoma que constituyen la sociedad civil se considera la respuesta adecuada a la creciente incapacidad de las instituciones políticas para encarar la complejidad de la época actual.

Sean cuales fueren sus diferencias, todas estas perspectivas comparten la tesis de que la desaparición de la identidad de clase y del sistema bipolar de confrontación ha dejado obsoleta a la política convencional. Al fin se ha impuesto el consenso respecto de las instituciones básicas de la sociedad liberal y, dada la falta de una alternativa legítima, cabe afirmar que el orden actual no está amenazado. El capitalismo democrático liberal ha demostrado ser la única solución racional al problema organizativo de la sociedad moderna; sólo los elementos «irrazonables» pueden ponerlo en tela de juicio.

Cierto es que las cosas distan de ser perfectas en este mundo liberal y que el fenómeno de la «exclusión» de los *sin techo*, los desempleados y los muy pobres obliga a una reflexión profunda. Sin embargo, el hecho de que cada vez sean más los sectores de la población que están engrosando las filas del desempleo permanente no se percibe como un síntoma de que el consenso político está en quiebra, sino como un problema a resolver, y para cuya resolución no hay que recurrir a ideologías trasnochadas, en tanto en cuanto no ofrecen ninguna alternativa al modelo económico dominante.

Esta perspectiva del «consenso» es, a mi juicio, profundamente inadecuada, y en la misma medida son peligrosas sus probables consecuencias. El deslavazado consenso en torno al centro ha generado un vacío político, responsable en parte del fortalecimiento de la extrema derecha. No se puede negar el descrédito de los políticos y los

La política europea es incapaz de construir unas fuerzas políticas que sepan dotar de un vocabulario adecuado a los nuevos antagonismos.

partidos, ni tampoco, hasta cierto punto, que las diferencias entre la izquierda y la derecha se han difuminado. No hay, sin embargo, motivos fundados para creer que se trata de un proceso irreversible y, aún menos, para celebrarlo. El problema básico de la política europea estriba en la incapacidad de constituir unas fuerzas políticas que doten de un vocabulario adecuado a los antagonismos surgidos en las últimas décadas. En lugar de concluir que los partidos políticos han perdido su razón de ser, deberíamos redefinir la política de la confrontación en unos términos que confirieran a la democracia la vitalidad perdida.

Francia y la «República del centro»

El caso de Francia servirá para ilustrar mi argumentación. La vida política de Francia ha estado fuertemente polarizada entre fuerzas antagónicas desde 1946 (como consecuencia, naturalmente, de la historia previa). La influencia de la Iglesia católica, por un lado, y la del partido comunista, por otro, crearon una clara línea divisoria entre la izquierda y la derecha. En realidad, había dos «pueblos» enfrentados y entre los que no había espacio para el compromiso y, mucho menos, para el consenso. Con el paso del tiempo, esta situación se fue deteriorando a medida que declinaba el poder tanto de la Iglesia como de los comunistas, hasta que la subida al poder del partido socialista (PS) en 1981 transformó radicalmente el panorama político. Cuando, tras los intentos poco duraderos de aplicar una política radi-

cal, los socialistas decidieron limitarse a tratar de dar un rostro más humano al capitalismo, el modelo político «jacobino» fue oficialmente enterrado. Desde entonces se ha practicado una política centrista y las élites conservadoras y socialistas han llegado a un amplio consenso sobre la estrategia económica. Partiendo de la idea de que en el contexto de la integración europea no hay otra vía que la política monetaria encaminada a fortalecer el franco, se antepone la defensa de una moneda fuerte al problema del desempleo.

Varios analistas políticos consideran que estas transformaciones confirman la tesis del «fin de la política». Presentan la situación francesa como la consecuencia del declinar de la clase obrera y el surgimiento de una gran clase media. La influencia homogeneizadora de los medios de comunicación ha hecho aparecer un nuevo tipo de votante de clase media, para el que la ideología carece de importancia. Este tipo de votante no establece alianzas ni se identifica con ningún partido. Actúa en el terreno político como un consumidor en un centro comercial, probando productos diferentes y eligiéndolos según su estado de ánimo. Es este comportamiento tan voluble el que explica los bandazos de los resultados electorales franceses en los últimos tiempos.

Los autores que sostienen estas tesis afirman que, hoy día, las diferencias principales no son sociales sino culturales. En una situación de tal índole, la antigua retórica de la izquierda y la derecha constituye un obs-

En lugar de concluir que los partidos políticos han perdido su razón de ser, deberíamos redefinir la política de la confrontación.

táculo para la modernización del sistema político y la creación de un nuevo tipo de política democrática.

Así las cosas, esta interpretación dominante ya ha despertado críticas. En un reciente artículo publicado en *Le Débat* (nº 83, enero-febrero de 1995), Emmanuel Todd argumentaba que, lejos de haber desaparecido, la polarización de la estructura social entre el pueblo y las élites sigue constituyendo la clave para comprender la política francesa. En opinión de Todd, la imagen de una sociedad de centro y sin ideología, donde el mayor problema social es la exclusión, no corresponde a la realidad. Es innegable que ha disminuido el número de trabajadores y que ya nadie cree en el papel privilegiado del proletariado. Pero eso no significa que la clase trabajadora haya dejado de existir ni que el concepto de «pueblo» esté obsoleto. Si se toma en cuenta lo que Todd denomina la «dimensión antropológica» de la estructura social, es decir, el gran número de matrimonios entre trabajadores de cuello azul y trabajadores de cuello blanco de baja categoría, debe reconocerse que hay una clase «popular» que no puede identificarse ni con la clase media ni con los «excluidos». Esa clase no posee una conciencia colectiva, pero sí comparte unas condiciones de vida muy semejantes. Sus miembros ciertamente no se consideran parte del «centro». Todd aduce que este grupo constituye entre un 50 y un 55% de la población y que su comportamiento da cuenta de la inestabilidad política sufrida por Francia durante las dos últimas décadas. Después de posibilitar la victoria de Mitterrand en 1981, la clase popular se sintió defraudada por el socialismo y hoy constituye un sector sin representación política adecuada.

A juicio de Todd, se ha hecho necesario diferenciar la «izquierda política», por lo general identificada con el PS —aun cuando este partido represente básicamente los inte-

reses de las clases medias—, de la «izquierda sociológica» definida por las clases populares. El problema crucial de la política francesa es encontrar una salida política para la izquierda sociológica y su comportamiento antielitista y anticonsenso, comportamiento que podría canalizarse en direcciones inesperadas.

La crisis de la representación

En mi opinión, las últimas elecciones celebradas en Francia, las presidenciales de mayo y las municipales de junio, han venido a respaldar los análisis de Todd aunque no hayan confirmado sus predicciones. En primer lugar, el enfrentamiento entre Lionel Jospin y Jacques Chirac en la segunda vuelta electoral fue una inequívoca confrontación entre la izquierda y la derecha, lo que indica que esa división sigue constituyendo una razón importante de las lealtades políticas. Pese a los intentos de Chirac de movilizar a las clases populares —ajustados a una estrategia inspirada en Todd—, la respuesta de los tradicionales votantes de izquierdas fue muy limitada. Por otra parte, los buenos resultados obtenidos en la primera ronda de las elecciones presidenciales por los partidos que se oponen al sistema, ya sea desde la izquierda o desde la derecha (en conjunto lograron el 37% de los votos), son una señal del creciente descrédito de los partidos tradicionales. Es obvio que cada vez son más quienes sienten que sus intereses no son tenidos en cuenta por el PS ni por el centro derecha. Y éste es ante todo un problema de déficit en la representación y no un nuevo modelo de conducta electoral.

Examinados desde el punto de vista del ascenso de la derecha radical, los comicios resultan tanto más reveladores. El 15% de votos obtenido por Jean-Marie Le Pen en las presidenciales de mayo, la garra de sus candidatos en las municipales y el hecho, quizá aún más importante, de que esos votos pro-

cedieran predominantemente del electorado popular y juvenil, demuestran que el Frente Nacional está logrando captar a un sector de la población cuyas exigencias han sido ignoradas por el «consenso centrista». Ciertamente es que el lenguaje en que se expresan esas exigencias es xenofóbico e inaceptable en una democracia pluralista. Pero a falta de un discurso alternativo, existe el peligro real de que muchas personas lo perciban como el único lenguaje que puede dar voz a sus problemas.

Puede por tanto afirmarse con fundamento que Francia está presenciando una crisis de representación, en la medida en que numerosas exigencias populares no encuentran canales de expresión dentro del sistema político tradicional. El verdadero trasfondo de esta crisis es la globalización de la economía y sus efectos en los sectores populares. Pensar que hoy día no hay mayor problema que el de los excluidos del proceso productivo supone pasar por alto la situación de los trabajadores con empleo, que se enfrentan a condiciones en extremo difíciles y sufren las consecuencias de la profunda transformación de la economía mundial. Conscientes de la precariedad del empleo, estos trabajadores se muestran hostiles a la integración europea y a la generalización de la libertad de comercio. Fueron ellos quienes votaron en contra del Tratado de Maastricht en 1993. Sus reivindicaciones, consideradas retrógradas y nacionalistas, encuentran escaso eco en los partidos mayoritarios. Así las cosas, este sector de la población es campo abonado para una polí-

La influencia homogeneizadora de los medios ha hecho aparecer un tipo de voto de clase media para el que la ideología carece de importancia.

tica que ofrezca soluciones simplistas. Si el «nacionalismo de la exclusión» defendido por Le Pen es la única ideología en la que reconocen sus problemas, es probable que su compromiso con el Frente Nacional continúe consolidándose. Al presuponer que esta resistencia ante (lo que perciben como) una fase necesaria de la modernización es pasajera y, en última instancia, retrógrada, los partidos mayoritarios están exponiéndose a graves peligros.

El Frente Nacional no ha cesado de crecer desde su fundación en 1972, y ya está firmemente establecido en el sistema político francés. Continuar creyendo que no representa sino al voluble voto de protesta y carece de una base sólida es incurrir en una falta de visión política que cada vez se hace más patente. No se trata además de una tendencia política que pueda frenarse mediante condenas judiciales ni denuncias morales. Sin atacar las raíces del descontento popular, nadie podrá invertir esta tendencia.

Encontramos tendencias similares en diversos países europeos donde el desarrollo de un nacionalismo exclusivista está asimismo ligado a las transformaciones económicas que han dislocado el modo de vida establecido de muchos grupos y han creado una profunda crisis de identidad. Es importante darse cuenta de que, en todos los casos, el motivo del ascenso de la derecha radical es que los partidos mayoritarios niegan la representación política a un sector de peso de las clases populares, cuyas exigencias consideran retrógradas.

La polarización de la estructura social entre el pueblo y las élites sigue constituyendo la clave para comprender la política francesa.

La democracia como pluralismo de la confrontación

Si las élites políticas y los politólogos encuentran tan difícil afrontar la situación actual, no sólo se debe a su ceguera ante los problemas de los sectores populares. Su incapacidad para comprender el ascenso de la extrema derecha deriva asimismo de una comprensión inadecuada de la configuración de la identidad política. Combatir a la derecha será imposible sin poner en tela de juicio las tesis de fondo del enfoque del consenso. Es necesario comprender el papel que desempeña el antagonismo en la política democrática moderna. En efecto, uno de los principales problemas actuales es que la izquierda ha estimado erróneamente que, al aceptar el pluralismo y las instituciones democráticas liberales, debía renunciar a todo intento de ofrecer una alternativa al orden hegemónico imperante. De ahí el vivo deseo de muchos partidos socialistas por situarse en el centro.

Con esta postura se hace caso omiso de los importantísimos efectos integradores de la confrontación en la democracia moderna. La especificidad de la democracia actual radica en la legitimación del conflicto y en la negativa a sofocarlo mediante la imposición de un orden autoritario. Al desmontar la representación simbólica de la sociedad como un cuerpo orgánico, la sociedad democrática abre camino a la expresión de intereses y valores contradictorios.

Una democracia vigorosa ha de conceder espacio a un debate real sobre las posibles alternativas. Ciertamente es necesario el consenso, pero también lo es la disidencia. Este planteamiento no comporta contradicción alguna: el consenso es necesario en las instituciones constitutivas de la democracia, pero esas instituciones plasman unos valores «ético-políticos», en cuya interpretación siempre habrá desacuerdos. Podemos a buen seguro estar de acuerdo en la impor-

tancia de que haya «libertad e igualdad para todos», a la vez que disentimos radicalmente en el significado de esos valores y en la forma de llevarlos a la práctica. Este debería ser el fundamento de la lucha entre la izquierda y la derecha. En lugar de rechazarlas por su supuesto anacronismo, habría que redefinir estas categorías y, de tal forma, posibilitar una confrontación democrática real en torno a los valores *políticos*, expresados como interpretaciones conflictivas de una tradición democrática compartida. La difuminación de las líneas divisorias de la política entorpece la dinámica política y dificulta la creación de identidades políticas bien definidas. Surge entonces el desencanto con los partidos políticos y la participación decrece. Por desgracia, el resultado no es una sociedad más madura y reconciliada, en la que no hay grandes divisiones, sino la formación de otro tipo de identidades colectivas en torno a la religión, el nacionalismo y la etnia.

La importancia de la política

La política aspira a crear una unidad en el contexto del conflicto y la diversidad; su objetivo es la creación de un «nosotros» por oposición a «ellos». La novedad de la política democrática no estriba en la superación de esta oposición entre nosotros y ellos, sino en establecerla de otra manera. En el orden democrático pluralista no se considera que el oponente sea un enemigo a destruir, sino un adversario legítimo que debe tolerarse. Combatiremos sus ideas, pero no pondremos en tela de juicio su derecho a defenderlas. La categoría «adversario» no elimina, sin embargo, el antagonismo, y no hay que confundirla con el concepto liberal de competidor, con el que a veces se identifica. Un adversario es un enemigo *legítimo*, con el que se comparte la adhesión a los principios ético-políticos de la democracia. Ahora bien, el desacuerdo relativo al significado de tales principios y a la manera de

El problema crucial de la política actual francesa es encontrar una salida política para la izquierda sociológica.

ponerlos en práctica no puede resolverse mediante un acuerdo racional, de ahí el carácter antagónico de la relación. Llegar a aceptar la postura del adversario supone transformar radicalmente la propia identidad política. Naturalmente, es posible alcanzar compromisos, forma ello parte del proceso político. Mas esos compromisos son simples treguas en la confrontación y no el objetivo básico de la lucha democrática.

Por eso es importante distinguir dos tipos de relaciones políticas: el antagonismo entre enemigos y lo que denominaré la confrontación entre adversarios. Al contrario que el modelo liberal de la «democracia deliberativa», según el cual las decisiones sobre cuestiones de interés general deben ser el resultado de un debate público libre y sin restricciones, el modelo del «pluralismo confrontacional» hace hincapié en que el objetivo de las instituciones democráticas no es eliminar el antagonismo ni relegarlo a la esfera de lo privado (para establecer un consenso racional en la esfera pública), sino proporcionar canales democráticos de expresión a los tipos legítimos de antagonismo.

Al reconocer que este tipo de pluralismo confrontacional es intrínseco a la democracia moderna, se comprende por qué la democracia no puede sobrevivir sin una serie de identidades colectivas surgidas en torno a posturas claramente diferenciadas. Esta es precisamente la función de la diferenciación entre la izquierda y la derecha: es la manera

en que el conflicto legítimo se materializa y se institucionaliza. Sin este marco de referencia, no es posible que el antagonismo se transforme en confrontación.

Hoy día es imperativo restablecer la importancia de la política trazando nuevas líneas divisorias que den un impulso real a la democracia. La falta de tales líneas no es síntoma de progreso, sino señal de que existe un vacío, un déficit democrático. Hemos visto que en muchos países, la existencia de ese vacío ha abonado el campo a la creación de nuevas identidades políticas que benefician a la extrema derecha. Son identidades que ponen en peligro la democracia por estar configuradas en torno a la etnia, el nacionalismo y la religión. En tales condiciones, el oponente sólo puede verse como un enemigo a destruir y no como un adversario cuyos derechos deben respetarse.

Uno de los retos básicos de la política democrática actual es crear un vocabulario político que sirva para dar voz a las reivindicaciones de los grupos expuestos a los efectos dislocadores de la globalización. Reivindicaciones que no pueden descartarse, juzgándolas meras reliquias que pronto habrán de ser reemplazadas por identidades modernas posconvencionales. Pues esas reivindicaciones son la expresión de un antagonismo al que hay que dar una salida política en el marco de un proyecto democrático. Sin lugar a dudas, no es tarea sencilla; para acometerla, se deben poner en tela de juicio muchas ideas recibidas. Mas no hacer frente a este reto supondría renunciar a la lucha política y abandonar al sector popular en manos de la extrema derecha.

Traducción de María Corniero